



POR

Andrea Jeftanovic

“De algún modo, en el microcosmos del Teatro Nacional se reconocían los problemas sociales de la sociedad completa: la falta de contratos formales, los bajos sueldos, los horarios extenuantes, el miedo a jubilar, los liderazgos abusivos, la influencia del gobierno de turno”.

La cartelera de teatro del estallido social

EL PAÍS ESTÁ EN UN MOMENTO DE CRISIS, INQUIETUD Y CONMOCIÓN. Hay escenas esperanzadoras y otras, trágicas. Una serie de interrogantes se instalan en nuestros núcleos íntimos, lugares de trabajo, en los cabildos ciudadanos, en la calle cuando marchamos, o a solas cuando leemos la prensa, o vemos la televisión o nos asomamos a las redes sociales. Hay una pregunta que también es un deseo, un deseo que moviliza imaginar un sistema más justo, más solidario; se repite la palabra dignidad. El 18 de octubre, y los días a continuación, será un punto de no retorno en la historia de Chile, una fecha sorpresiva que dejará la normalidad de un lado para abrirse a la incertidumbre por un nuevo pacto social que no sabemos si podremos configurar en un corto o mediano plazo.

Así como la vida cotidiana ha quedado suspendida, el teatro también ha quedado entre paréntesis y la cartelera permanece paralizada, con algunas esporádicas ocasiones, tanto por la imposición del estado de emergencia, del toque de queda o por el ánimo en las calles y la prioridad de la manifestación ciudadana. Sin embargo, puede ser un buen momento para detenerse y analizar algunos de los montajes de este año —por limitarnos al 2019— que deslizaban, de algún modo, las claves de este estallido.

Quizás uno de los estrenos que condensaban todo este malestar fue **“Animales invisibles”**, de la compañía La Laura Palmer, porque problematizó de un modo original la desigualdad en el plano artístico-laboral. Esta original obra, bajo la dirección y dramaturgia de Pilar Ronderos e Ítalo Gallardo, giró en torno a los técnicos “tras bambalinas”, esas personas que cumplen una serie de oficios, muchas veces invisibles al público, que son imprescindibles para que el hecho teatral suceda.

De algún modo, en el microcosmos del Teatro Nacional se reconocían los problemas sociales de la sociedad completa: la falta de contratos formales, los bajos sueldos, los horarios extenuantes, el miedo a jubilar, los liderazgos abusivos, la influencia del gobierno de turno. Circunstancias que opacaban su genuino compromiso y vocación. Y, también, ellos mismos han sido testigos de la precarización de la cultura y de la convo-



“Mano de obra”, adaptación de la novela de Diamela Eltit, dirigida por Alfredo Castro, se enfoca en un grupo de trabajadores precarizados y alienados.



“Animales invisibles” de la compañía La Laura Palmer problematiza de un modo original la desigualdad en el plano artístico-laboral.

catoria menos masiva del fenómeno teatral, transitando desde el esplendor de los teatros universitarios a la de una sala precarizada con riesgo de convertirse en un centro de convenciones.

Además, adelantándose al ejercicio de los cabildos, o siguiendo el modelo de las ya instauradas asambleas, estos trabajadores se reunían en torno a una mesa para entregar su visión del mundo y sus reivindicaciones. Quizás eso es lo que debimos crear desde mucho antes: la conversación horizontal donde todas las voces se escuchan.

Por supuesto que el reestreno de la pieza **“Mano de obra”**, adaptación homónima de la novela de Diamela Eltit (Premio Nacional de Literatura 2018), dirigida por Alfredo Castro, regresó a las

tablas con una vigencia escandalosa. Primero, por la problemática que plantea en un grupo de trabajadores precarizados y alienados, y luego, por las imágenes de incendio y saqueos que han tenido esos recintos en estos días.

En la última versión, se privilegió mostrar la convivencia de los empleados en un departamento compartido en condiciones indignas (dormitorios rotativos, puertas que no funcionaban) supereditado a una experiencia vital que no permitía más horizonte que un fin de mes asfixiante. Seis empleados en escena, tres mujeres y tres hombres eran el síntoma de una cadena de trabajo (cajeras, reponedores, promotoras, encargados de sección y supervisores), basada en la inestabilidad de contratos tempo-

rales, la vigilancia de los pares que se replicaba, la competencia individual. Y, además, se mueven por la cruel vitrina de pasillos atiborrados de productos heterogéneos pero inalcanzables para los más desvalidos del sistema: los niños, los viejos y los mismos empleados.

Además, Eltit apuntó, por medio de la poética del garabato, el síntoma de la desintegración social y subjetiva de un grupo de trabajadores que se relaciona a través de un lenguaje coprolálico como síntoma de la pérdida de capacidad de discurso y de cohesión. Por otra parte, cada uno de ellos va dando cuenta de un padecimiento de enfermedades físicas que los aquejaban (desde cortes, incontinencia urinaria, adicciones, calambres y más). “Mano de obra” es una historia terrible sobre un grupo de empleados que naufragan en los desperdicios de su dignidad, y que quizás se puso de pie en estos días por medio de sus cacerolas, pancartas, protestas y marchas.

Tanto “Animales invisibles” como “Mano de obra” son montajes que se centran en la esfera del trabajo, y esos ámbitos son la fuerza de la heterotopía, es decir, lo que ocurría allí, el teatro o un supermercado, se podía extrapolar a todas las relaciones laborales mercantilizadas: horarios exhaustivos, sueldos paupérrimos y relaciones abusivas.

Otra problemática que ha aparecido en este estallido es el lugar de los niños en la sociedad: las primeras víctimas de

JOSEFINA PÉREZ

FELIPE VARGAS